

la sancion de un poder y de una popularidad que debian, en su concepto, consumir la ruina de Jesucristo, uno de sus amigos, el retórico Libanio, encontrando á un cristiano, le pregunta por irrision y con todo el insulto de un éxito efectivo, lo que hacia el Galileo; el cristiano responde: Hace un ataud. Algun tiempo despues, Libanio pronunciaba la oracion fúnebre de Juliano delante de su cuerpo exánime y acardenalado. Lo que hacia entonces el Galileo, Señores, hace siempre, cualesquiera que sean las armas y el orgullo que se opongan á su cruz. Seria largo referir todos los famosos ejemplos que hay sobre esto; pero tenemos algunos que nos tocan de cerca, y por los cuales Jesucristo, en la estremidad de los tiempos, nos ha hecho ver la nada de sus enemigos. Así, cuando Voltaire se frotaba de gusto las manos, hácia el fin de su vida, diciendo á sus prosélitos: «Dentro de veinte años, Dios verá un buen juego;» el Galileo hacia un ataud: el ataud de la monarquía francesa. Asi tambien, cuando un poder de otro orden, aunque descendiente del de aquel en cierto grado, tenia al soberano Pontífice en un cautiverio que presagiaba la caida, á lo menos temporal, del Vicario de Jesucristo, el Galileo hacia un ataud: el ataud de Santa Elena. Y hoy dia, mirando la Alemania agitada por las convulsiones de una ciencia que ya no reconoce límites, y cuyo lamentable trabajo acabais de ver, podemos decir con tanta certidumbre como esperanza: El Galileo hace un ataud, y este es el ataud del racionalismo. Y vosotros todos, hijos de este siglo, mal instruidos por las miserias de los errores pasados y que buskais fuera de Jesucristo el camino, la verdad y la vida, sabed que el Galileo hace un ataud para vosotros, y este es el ataud de todas vuestras mas queridas concepciones. Siempre será lo mismo, no haciendo nunca el Galileo mas que dos cosas: vivir con su propia personalidad, despues, sea con la sangre, sea con el olvido, sea con la afrenta, poner en la tumba todo lo que no es él.

CONFERENCIA

CUADRAGÉSIMA CUARTA. DE LOS ESFUERZOS DEL RACIONALISMO PARA ESPLICAR LA VIDA DE JESUCRISTO.

Monseñor.—Señores.—Son vanos los esfuerzos que el racionalismo ha hecho para aniquilar y para desnaturalizar la vida de Jesucristo. Jesucristo está en pie, el poder de la historia lo protege y lo sostiene contra todos esos ataques. Por tanto ha sido necesario que el racionalismo intentase el supremo y último esfuerzo, á fin de esplicar á lo menos esa vida que no habia podido ni destruir ni desacreditar. Los católicos esplicamos la vida de Cristo, esplicamos el éxito que ha obtenido, el mas grande de todos, la formacion en los entendimientos de la certidumbre racional de la fé, la formacion en el alma de la santidad por la humildad, la castidad y la caridad, la formacion en el mundo de la Sociedad espiritual, única, universal y perpetua, esplicamos esto con una sola palabra: Jesucristo es hijo de Dios. Pero si no se explica asi, si se supone que Jesucristo es hombre puramente, es indispensable dar la razon de un triunfo tan maravilloso cual ha sido el suyo. Ahora bien, como fuera del poder de Dios no hay mas que el poder del hombre, si Jesucristo no ha obrado por el poder de Dios, resta que haya obrado por el poder del hombre. Mas siendo el poder del hombre manifiestamente inferior en sus resultados á lo que ha hecho Jesucristo, se sigue que es preciso buscar en el hombre cierto principio de poder que, en casos raros, puede mostrarse de una vez, y esplicar lo que ha sido y lo que ha hecho el Cristo.

Es decir que no siendo Jesucristo el hijo de Dios, no es tampoco, como él lo decía, el hijo del hombre; no es ni el hijo de Dios, ni el hijo del hombre; es el hijo de la humanidad, el producto ilustre de esa acción sorda y progresiva que es la vida de la humanidad, y que, en ciertos momentos solemnes, se descubre en alguna manera, se dilata, saca de su seno un ser extraordinario, y lo coloca en una gloria que confirma todo lo que viene despues, hasta que la humanidad engrosada siempre con el por venir, se encuentra mal representada por ese ser heroico y supremo que ha producido, y un dia, cumplimentándolo aun con el último respeto, lo echa por tierra y le dice: Adios.

A la refutación de este sistema voy á consagrar nuestra última conferencia del presente año. Hecho esto, habiendo ya manifestado en nuestras lecciones, todo lo que es propio de la constitución y del caracter, así de la Iglesia como de Jesucristo, no nos queda otra cosa sino entrar en la doctrina misma de la Iglesia y de Cristo, para esponerlos en la plenitud de su encadenamiento; despues de lo cual iremos á descansar, vosotros, Señores, de vuestra atención, y yo de la felicidad de haberos dirigido la palabra por tanto tiempo.

Tres cosas hay que explicar en la vida y en el resultado de la vida de Jesucristo; su doctrina, que excede á todas las demas, la fé que el mundo ha dado á esa doctrina, y en tercer lugar la reunion de esa doctrina y de esa fé en un cuerpo constituido en órden jerárquico, que es la Iglesia. Se dice pues; este triple fenómeno se explica facilmente por el estado general de las doctrinas, de los espíritus y de las naciones en el momento en que Jesucristo se ha dejado ver. Primero por el estado general de las doctrinas. La de Jesucristo se representa de ordinario como una doctrina nueva, desconocida, creadora, como una cosa que no tenia ni raices, ni modelo en lo pasado; este es, segun el racionalismo, un error muy palpable. El género humano jamas ha estado sin doctrina, ella es una parte necesaria de su vida. Que un idiota cualquiera sa-

tisfecho con los desórdenes del orgullo y de los sentidos, pase la vida sin hacer caso de doctrinas, como un grano de polvo arrebatado por el viento pasa y se vá, nadie lo contradice. Pero la humanidad tiene otras miras y otros destinos. Es necesario que adquiriera ideas, que haga investigaciones, que explique los fenómenos relativos á ella misma y al universo, que tenga una fé, y nunca, en la realidad, ha vivido sin ese elemento espiritual. Como cava la tierra que la sostiene, como escudriña el cielo que la cubre, así revuelve incesantemente el suelo fecundo de las doctrinas, para tomar en ellas un alimento que considera divino. Este trabajo no es menos vivo que el trabajo exterior y que el trabajo científico, y todos juntos forman el tejido de una acción que no se desalienta jamas. Pues bien, tres países principales habian sido su teatro antes de Jesucristo, el Oriente, el Occidente y la Judea, que era el punto de contacto de uno y otro.

El Oriente conservaba la doctrina bajo esta forma: que el hombre estaba decaído, y que tenia necesidad de una expiación para volver á un estado mejor, expiación que era favorecida por las encarnaciones misteriosas y periódicas que se suponian de la divinidad. La encarnación oriental, la expiación oriental, la metempsícosis ó la prueba oriental, nada es mas célebre en la historia de las doctrinas, y basta poner estos términos delante de vosotros, para que al instante mismo, yendo al fondo de la India, encontréis allí vivo todavia este órden de ideas. En cuanto al Occidente, un trabajo de otra naturaleza se habia realizado en su seno. Bajo el imperio de una libre discusión, cada dia se habia ido desembarazando mas de los mythos de la antigüedad; buscaba una sabiduría que estubiese fundada, menos sobre la tradicion, que sobre los datos de la razon pura, y Platon habia sido el mas memorable instrumento de esas exploraciones del entendimiento humano. El habia comprendido que Dios estaba en comunicacion con el hombre, no solo por tradiciones alteradas ó perdidas, sino por la efusion perpetua de su verbo en nosotros, el verbo divino,

el *logos* eterno, la razon absoluta, de la que son una imágen transparente nuestra razon y nuestro verbo, de suerte que mirando el hombre sus propias ideas, ve como en un espejo las ideas mismas que están en Dios y que forman en él, el verbo primero. Y esta teoría de la manifestacion de Dios por su verbo, cuyo diminutivo y reflejo es el verbo del hombre, habia llegado á ser el punto mas elevado de las doctrinas de la Grecia y del Occidente. El pueblo judío por su parte, habia conservado con una fidelidad particular el dogma de la unidad de Dios, el de la creacion, y ademas cierta esperanza de que el género humano volveria alguna vez á la unidad fundamental del hombre tal como se hallaba en la familia original.

He aquí evidentemente el estado general de las doctrinas en la época de Jesucristo, y esas doctrinas, aisladas largo tiempo cada una en su lugar, se habian por fin encontrado con motivo de las conquistas de Alexandro y de las invasiones de Roma hasta el Asia. El Oriente, el Occidente, la Judea, y con ellos los brahmanes, los profetas, las sibilas, los sabios, todos los documentos y todos los esfuerzos de lo pasado se habian dado una cita, por decirlo asi, al pié del trono de Augusto, el dia en que este Soberano cerró para el mundo las puertas proféticas del templo de la guerra. En ese momento nacia Jesucristo. Dotado de un ingenio que correspondia á las admirables circunstancias de su siglo, ve con una mirada segura la confluencia de las doctrinas; discierne en su concurrencia algo mas de un encuentro casual, descubre en ella los germenes de una profunda unidad, y se persuade que dandoles á todas satisfaccion, que injertando el Oriente en el Occidente, el Occidente y el Oriente en el tronco hebraico, obtendria una doctrina que cuando menos someteria en las diversas partes del mundo un número muy grande de entendimientos. Pone por fundamento el dogma oriental de la caida del hombre, y declara que él, encarnacion última, superior á todas las que habian precedido, venia para expiar definitivamente la culpa del género humano, y restituir á los hombres,

con su pureza nativa, todos sus derechos primordiales. Despues, como la encarnacion oriental estaba desacreditada por infinitos elementos fabulosos, apoya la idea de la suya sobre el verbo de Platon, que habia desembarazado la comunicacion de Dios con el hombre del *mythos* tradicional, para reducirla á una comunicacion permanente de ideas en el fondo mismo del entendimiento. Declara que él era el verbo de Dios, la razon de Dios, el que, por su naturaleza, iluminaba á todo hombre que viene á este mundo, y que por la presencia efectiva de su personalidad, por la luz exterior de su palabra, proporcionaba á la inteligencia una vision mas completa de la verdad. El verbo divino estaba en lo sucesivo delante del verbo humano; la imágen no tenia que hacer sino mirar el modelo, la consecuencia consultar al principio, y de esta confrontacion del interior con el exterior, de la luz con la luz, naceria la iluminacion suprema del género humano. De esta suerte se amalgamaba á Platon con los brahmanes de la India, al Occidente con el Oriente, y en fin para dar satisfaccion á las ideas hebraicas, ademas de suponerse Jesucristo el Mesias, aceptaba tambien los dogmas de la unidad de Dios y de la creacion escritos en la primera página de la Biblia, y que eran como el patrimonio particular del pueblo hebreo.

Tal fué, Señores, segun el racionalismo, el tema de Jesucristo, el modo con que se formó su doctrina y la causa eficiente de su triunfo. No ha sido inventor, sino eclectico; el exito que ha logrado no es un exito de invencion, sino de fusion.

Antes de investigar lo que hay en esto por la comparacion de las doctrinas cristianas con las doctrinas de la antigüedad, sepamos primeramente como se ha considerado Jesucristo. Se ha supuesto acaso inventor? Ha dicho: Yo he inventado la verdad? No, Señores, él ha dicho: *Yo soy la verdad.* (1) Ha

(1) S. Juan, Cap. 14, ver. 6.

dicho: *No penseis que yo vine á destruir la Ley ó los Profetas: no vine á destruir, sino á cumplir.* (2) Lo que significa: yo soy la verdad de todos los tiempos y de todos los lugares; yo soy esa verdad que estaba en el seno del Padre, que se ha manifestado al primer hombre en los días de su inocencia en el paraíso terrenal, que han conocido los patriarcas sucesores de él, que Noé, al salir del arca recibió y publicó de nuevo, que Abraham oye en los campos de la Caldea y de la Siria, que Moises en el Sinai recoge grabada por la mano de Dios; yo soy esa verdad que es la primera y la última, y sin la cual jamás ha podido el hombre estar totalmente. Esto es, Señores, lo que Jesucristo ha dicho de sí, y lo que la Iglesia dice de él todos los días. No ha intentado, ni nosotros intentamos tampoco, obtener el éxito de una invención; nunca hemos pretendido que el cristianismo haya comenzado con la aparición de Cristo en tiempo de Augusto: habría sido perderlo darle un carácter de novedad. Desde el primer día del mundo, desde la palabra primera de Dios, desde la primera luz de la divinidad que penetró en nuestra alma, era Jesucristo quien obraba, hablaba y se revelaba, y esa revelación se ha propagado por toda la tierra con la dispersión de las ramas primordiales del género humano.

Sin embargo, es fácil concebir que al mismo tiempo que tenía lugar el fenómeno de la propagación primitiva y universal del cristianismo, se verificaba otro de una naturaleza bien diferente, hablo de la alteración y corrupción progresivas del cristianismo por el olvido de sus principios elementales, por el abuso que se hacía del raciocinio y por la infidelidad. De modo que Jesucristo, aunque no era nuevo en el mundo, le traía alguna cosa que el mundo no conocía ya sino por esperanzas mal definidas y recuerdos desfigurados. El Oriente, es verdad, había conservado la idea del pecado original, de la expiación, de la intervención divina para reparar al hombre,

(2) S. Mateo, Cap. 5, ver. 17.

nadie lo negará; mas el Oriente había sofocado esta idea entre dos absurdos, el panteísmo y la metempsícosis; afirmando el uno y la otra que la purificación del hombre tenía por objeto y por término, la vuelta del hombre a la sustancia misma de la divinidad de donde había salido, y que después de periodos de pruebas mas ó menos prolongados, el estado final de la humanidad sería el reposo eterno y absoluto de una completa deificación. Y bien, ha admitido Jesucristo esta doctrina? ha transigido con el Oriente sobre la metempsícosis y el panteísmo? No, Señores, ha enseñado todo lo contrario, él nos ha dicho: vosotros que no sois mas que la nada, habeis respondido á la palabra creadora de Dios, y vuestro destino aunque sea grande, no es llegar á Dios por la confusión de vuestra sustancia con la suya, sino por la simple visión. Lo vereis algun día si habeis creído en él; lo poseeréis presente si lo habeis amado ausente; pero vuestra naturaleza y vuestra personalidad subsistirán delante de él. El panteísmo os lleva á la vez demasiado alto y demasiado bajo; demasiado alto, prometiendoo ser una sustancia igual con Dios; demasiado bajo, arrebatandoo vuestra naturaleza propia y vuestro principio de distinción. No es ese vuestro lugar, ni tampoco es la verdad. Dios y el hombre son dos seres enteramente diversos, diversos por su esencia, diversos por su personalidad, diversos por su amor; porque Dios ha hecho al hombre por amor; y si el hombre corresponde á ese amor que lo ha buscado primero, ese mismo amor lo recompensará eternamente. Si, por el contrario, el hombre es ingrato é infiel, será eternamente rechazado por el amor.

Pregunto, Señores, en qué se parece esta doctrina al dogma oriental?

En cuanto al Occidente, se nos habla de Platon. Pero, en primer lugar, era Platon todo el Occidente? Resumia en sí el Occidente? No eran de la misma categoría que Platon, Aristóteles, Epicuro, Zenon, Pirro, y sus doctrinas no dividian así como las de la Academia, el imperio de las inteligencias?

Quereis que Platon haya sido la mas sublime espresion de la sabiduría occidental, ¿enhorabuena; veamos como pensaba y lo que le debe Jesucristo. En el orden metafísico, Platon creia en la eternidad de la materia y del caos, poniendo el mundo enfrente de Dios como una sustancia inferior, pero paralela é increada; en el orden moral, negaba la existencia del libre alvedrio, y afirmaba en términos claros que ninguno es voluntariamente malo, porque toda falta, segun él, tiene por principio un error indeliberado del entendimiento. Dualismo y fatalismo, ved al célebre Platon, á quien yo mismo he elogiado y elogiaré siempre, hombre admirable efectivamente, porque hallándose como todos sus contemporáneos sumergido en la luz casi apagada de la antigüedad, ha vislumbrado acá y acullá la sombra de la verdad, le ha lanzado de lejos gritos penetrantes, como si la hubiera reconocido, y sin poderla alcanzar, ha cubierto sus deseos y sus pesares con ese magnífico ropaje que constituye el encanto de sus pensamientos, la belleza de su lenguaje y la majestad de su nombrada. Ningun sabio lo ha igualado jamas en la invocacion de la verdad; ninguno ha presentado mejor el por venir; ninguno ha vestido el error con una purpura mas reluciente y mas propia para consolar el alma de no abrazar mas que un sueño. Pero hacer de Platon un antepasado de Jesucristo, y el vínculo que unia el Evangelio con el Occidente, es esperar demasiado de su gloria. Jesucristo negaba el dualismo y el fatalismo platónicos, como negaba el panteismo y la metempsícosis de la India, y si se ha llamado el Verbo, Hijo de Dios, esta espresion hacia referencia á un misterio que Platon no conocia, el de una triple personalidad en la sustancia única é indivisible de Dios.

Los judíos, á su vez, aunque poseedores del cristianismo primitivo y de la expectativa del Mesias, habian corrompido este depósito en su pensamiento, haciendo de la verdad cristiana, que es patrimonio de todos, su herencia particular, sustituyendo la idea de la ley á la idea de la fé, Moises al Cristo, lo personal á lo universal. Esto es lo que les echa en cara

San Pablo en la Epístola á los Romanos, donde se toma el trabajo de esplicarles la inferioridad de la ley á la fé, como el Cristo era el principio de salvacion desde el tiempo de Abraham, y como las obras de la ley entendidas y cumplidas fuera de Jesucristo, eran una causa de muerte. Los judíos se mostraban rebeldes á este lenguaje enérgico; ya cubiertos enteramente con la sangre libertadora y aun en comunion con ella, persistian en venerar el ídolo que elevaba su amor propio nacional al rango de un deber y de una virtud, y les persuadia que el judaismo iba á subyugar al universo. En el sentido cristiano esto era cierto; como ellos lo entendian era falso. Jesucristo tenia pues que combatir á la Judea tanto como al Oriente y al Occidente. Y si quereis ver todavia mejor que la doctrina cristiana no ha sido un resultado de fusion sino un suceso de contradiccion, contradiccion al Oriente, contradiccion al Occidente, contradiccion al pueblo hebreo, no teneis mas que considerar el panteismo tal como lo ha conservado el Oriente, el judaismo tal como lo entienden aun los restos de Israel, y el sistema filosófico de Platon tal como se le ha renovado en nuestros dias.

El panteismo vive en la India; la India es hoy como lo fué antiguamente, su tierra predilecta; allí vive bajo las mismas formas y con las mismas doctrinas que en tiempo de Jesucristo; pues ninguna otra comarca, ni ningun otro sistema han opuesto mas resistencia al apostolado cristiano. Hace tres siglos que la gran peninsula índica está en relacion con los pueblos cristianos; muchas naciones europeas la han dominado á un tiempo y sucesivamente; la Inglaterra tiene su imperio en la actualidad; nosotros ejercemos en ella una grande influencia por medio de nuestros misioneros y de nuestras armas, y en ninguna parte, ni aun en la China con quien tenemos tan pocas comunicaciones, ha logrado menos triunfos la accion de Jesucristo. El brahmanismo ha resistido tanto al ejemplo como á la discusion; ha sido de granito para la verdad, como si hubiera una incompatibilidad entre

ambos, y al modo que una cosa repele mas á otra cuanto mas se le aproxima. Muchas razones se han dado para explicar este fenómeno, tales como el sistema de castas establecido allí y la aversion que de él resulta hacia nuestros principios de igualdad. Puede ser tambien que el brahmanismo, á causa de las tradiciones mismas que ha conservado sobre el pecado y la reparacion, haya sido menos sensible al misterio de la Redencion por la sangre de Jesucristo, como se ven almas en quienes la posesion de algunas verdades sirve de obstáculo invencible para la adquisicion del resto. El hombre de bien, Señores, es frecuentemente victima de esta debilidad, cuando tiene la desgracia de no ser cristiano; su misma probidad le infunde confianza, al paso que el hombre malo contemplando el fondo de su alma, no encuentra cosa alguna que le cause ilusion. Por esto decia Jesucristo: *Esas mugeres que llamais perdidas, irán antes que vosotros al reino del cielo.* (1) Ellas están en efecto, cerca del bien, á fuerza de haber estado lejos de él antes de su arrepentimiento; ellas llegan por la humillacion á los pies de Jesucristo, y cuando el hombre está á los pies de Jesucristo, está muy cerca de su corazon. Asi quizá sucede con las naciones que han perdido enteramente la verdad; sienten la necesidad de reconquistarla, mientras que aquellas que han conservado algunas reliquias de esa misma verdad, se ensoberbecen con lo poco que tienen y se desentienden de buscar lo que no poseen. Como quiera que sea, el panteismo de la India en nada ha cambiado; es hoy dia lo que fue en el siglo de Augusto; y que su insensibilidad hacia Jesucristo provenga de una causa ó de otra, no por eso prueba menos cuan quimerica es la fusion de doctrinas por la que se pretende explicar la formacion del dogma cristiano.

El espectáculo del hebraismo vivo nos conduce á la misma conclusion. Y por lo que hace al platonismo, Dios ha

(1) San Mateo, cap. 21, ver. 31.

permitido que reviviera en nuestros días, á fin de que viendolo en practica, pudiesemos juzgar de su simpatía doctrinal por Jesucristo. Vosotros todos comprendéis á que escuela hago alusion; sabéis cuanto ha trabajado esa escuela en favor del dualismo platónico, separando de su filosofía el dogma fundamental de la creacion del mundo por Dios, y sabéis tambien lo que es todo el resto del cristianismo entre sus manos. No tenemos en la literatura contemporanea enemigos mas declarados que los amigos de Platon. Sea pues que consideremos el panteismo, el hebraismo, ó el platonismo, subsistiendo los tres á nuestra vista como eran en tiempo de Jesucristo, nos es fácil juzgar que el cristianismo no ha sido el resultado de una fusion entre las doctrinas del antiguo mundo, sino una obra de renovacion y de contradiccion. El Evangelio ha renovado todo, porque todo estaba olvidado; ha contradicho todo, porque todo habia sido negado ó desfigurado; ha tenido por adversarias todas las doctrinas, porque á todas las ha desconocido y rechazado. Y tal cual fue antiguamente, tal es aun en la actualidad bajo este respecto. La intolerancia dogmática de que se le hace cargo define su naturaleza y justifica su originalidad.

Mas el triunfo de Jesucristo no ha consistido solo en la formacion vigorosa y original de su doctrina, ha sido tambien un triunfo de fé. Es nada una doctrina mientras no toma posesion de los espíritus por una fé que le da vida y accion. Como ha creido el antiguo mundo en Jesucristo? De que manera hombres del Oriente y del Occidente, asi sabios como ignorantes, y en fin naciones enteras, han abandonado las doctrinas que habian recibido de lo pasado, para hacerse discípulos de un judío crucificado en Jerusalem? El racionalismo lo explica asi: segun él, en la época de Augusto el entendimiento humano estaba cansado. Por una parte, no admitia ya la idolatría, que era la forma popular de las doctrinas antiguas, y por otra, no habiendo fundado cosa alguna la filosofía, se habia seguido un doble cansancio de la inteli-

gencia, cansancio de la religion pública, cansancio de los esfuerzos impotentes de la filosofía. Los hombres vagaban en el vacío y á la ventura, apelando á una nueva fé. Viene Jesucristo: anuncia ante ese mundo exausto y preparado á todo una doctrina que no heria sino á medias la opinion general; se le escucha, se tenia necesidad de creer y se le cree.

En cuanto á mi, Señores, estoy muy lejos de creer en este génesis de la fé cristiana. Cuando una época ha perdido la fé, no es tan facil volvérsela, y de esto tenemos una prueba en la actualidad. El racionalismo, en tiempos semejantes, invade todos los entendimientos, y no se convence jamas de su impotencia ni se cansa de sus fatigas. Si cuatro ó cinco siglos de esfuerzos inútiles antes de Jesucristo, lo hubieran desanimado, en el día que cuenta mil ochocientos años mas de vanas tentativas, debería estar en visperas de abandonar el campo. Y bien, se piensa en esto? No lo vemos mas decisivo, mas arrogante, mas confiado que nunca? Lo mismo será dentro de mil años. Al cabo de mil años, nuestra posteridad verá algunos maestros subir á las cátedras de aquel tiempo y decirle con un imperturbable aplomo: Señores, vamos á crear la filosofía, ó á lo menos, si no tenemos ese honor, estamos cerca del siglo afortunado que pondrá las últimas hiladas del edificio de la razon. Tal es el racionalismo. Ninguna esperiencia lo ha disgustado, ni lo disgustará jamas; renace de sus cenizas, ó mas bien, ni vive, ni muere, es un muchacho crédulo que aspira á la madurez sin salir de la cuna. No nos admiremos de esto; parte de un principio que escluye la vida, porque escluye la fé, y no obstante la fé es la causa de su ruina. No tiene otra cosa de que echar mano mas que la muerte, y naturalmente debe preferir que se le deje la apariencia de ser algo, aunque no sea mas que una duda ó una negacion. El racionalismo es incorregible, porque corregirse es para él dejar de existir.

Aun suponiendo, pues, que el estado general de los entendimientos, en el siglo de Augusto, hubiera sido el vacío

y la laxitud, no se esplicaria por esto la propagacion de la fé cristiana, que se realizó entonces con tanta fuerza como rapidéz. Mas no convengo en semejante suposicion. No hay duda en que la idolatría habia caido en el desprecio de un gran número de hombres ilustrados; pero el pueblo no la menospreciaba. El espíritu popular tenia simpatías con la idolatría, que contenia en esa época, mas que en ninguna otra, todas las ideas que adoraba la muchedumbre y todos los espectáculos que habia menester. El espíritu político favorecia esa tendencia; sostenia la idolatría como una necesidad de Estado. Y á la verdad, es facil conocer cual era el espíritu popular y el espíritu político con respecto á esto, cuando se exigió de Roma para Jesucristo el derecho de ciudad que no habia rehusado á ninguno de los dioses que ella habia vencido. Se ignora acaso cual fué la contestacion? No se sabe que respondia á los mártires de Jesucristo, en los anfiteatros, con insultos y gritos de muerte? Mientras que los emperadores y los proconsules daban sentencias contra ellos á nombre del espíritu político, el pueblo daba tambien las suyas en la forma y con la eficacia que le son peculiares. El imperio vertia la sangre, el pueblo la pedia, y despues de haberla obtenido, la arrojaba sobre la imágen de Jesucristo. Y á la espalda del imperio y del pueblo, el racionalismo, formando la retaguardia de la idolatría, mojaba ardentemente su pluma en las fuentes del error. Se veian esos platónicos tan ponderados por su espiritualismo, despedazar el Evangelio frase á frase, alterarlo, maldecirlo; se les veia llenarse de entusiasmo por Júpiter y todos los antiguos dioses, hacerles genealogías, consagrarles toda una filosofía nueva, presentarles ofrendas, y no omitir nada, ni ciencia, ni sarcasmos, ni intrigas, nada que pudiera ser contra el cristianismo un ultraje ó un argumento. Esto es lo que se llama laxitud de espíritus? Esta es conjuracion tacita de los tiempos en favor de Jesucristo? Ah! cuando por fin hubo conquistado la fé del mundo, y cuando los sucesores de sus apóstoles comparecieron en Nicea, se pudo ver sobre sus sem-